

Globethics Repository



Derecha intelectual y grupos empresarios [Right intellectual and business groups]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Moncada, Samuel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-18 17:21:57
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220939

Derecha intelectual y grupos empresarios

Moncada, Samuel

Samuel Moncada: Historiador venezolano. Jefe de la Cátedra de Polemología de la Academia Militar de Venezuela hasta 1986. Actualmente profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela. Investiga la historia del movimiento empresarial venezolano (Los Huevos de la Serpiente, publicado por Alianza Gráfica, 1985) y las relaciones entre empresarios y militares en Venezuela durante los años 1948-1958.

¿Qué circunstancias económicas y políticas han permitido el auge de una corriente intelectual de derecha en América Latina? ¿Cuáles son las fuentes teóricas que nutren a este movimiento? Este trabajo pretende responder dichas interrogantes y discutir los argumentos de algunos autores representativos de la nueva derecha, que han formulado propuestas para América Latina en general y Venezuela en particular. El autor considera que los nuevos derechistas copian un discurso principista en lo ideológico, que ignora algunas realidades de la historia latinoamericana, pero que, además, lo aplican con dos escalas distintas de valores, según sea el objeto de su análisis. El maniqueísmo «empresario bueno» vs. «burócrata malo» y el determinismo económico resultan en la elaboración de un discurso contradictorio, pero que posee un objeto definido: el fortalecimiento de la influencia de los grandes grupos económicos privados en las decisiones públicas.

Durante la década de los 80, en los distintos países latinoamericanos han aparecido intelectuales que, apoyados por grupos empresariales o partidos políticos conservadores, se dedican a combatir esquemas de pensamiento económico y político que han predominado en América Latina durante los últimos cuarenta años. Estos intelectuales, que se declaran partidarios del liberalismo económico, del conservacionismo político, de la derecha ideológica y hasta del «sentido común», según los casos (a veces de uno y otro, y a veces de los cuatro simultáneamente), son novedosos, no tanto por sus planteamientos, sino por su creciente activismo e influencia,

así como por su disposición a debatir públicamente problemas que hace unos años se reservaban a pequeños círculos con importante participación en las decisiones estatales.

El intelectual de derecha, término que acogemos más por comodidad que por precisión, reaparece en una coyuntura desoladora en el panorama del pensamiento económico y político latinoamericano, el cual se ha visto vapuleado por los intensos cambios ocurridos en Latinoamérica y en el mundo durante la presente década.

Las reformas que se realizan en los países comunistas más poderosos, han descolocado a Cuba en su papel de «modelo» para muchos latinoamericanos y hecho perder a los marxistas su confianza en la predicción de un futuro claro y glorioso. Los defensores de la teoría de la dependencia no pueden explicar cómo los tercermundistas Taiwan y Corea del Sur se convierten en nuevos países industrializados y parecen romper con el círculo vicioso del deterioro de los términos del intercambio en el comercio internacional. Los desarrollistas ven con amargura cómo el crecimiento latinoamericano de las décadas anteriores (el desarrollo «hacia adentro») ha desembocado en los 80 en una de las mayores crisis económicas de este siglo, mediante la deuda externa, lo que aumenta la incertidumbre sobre la capacidad rectora de los Estados latinoamericanos y de sus partidos políticos hegemónicos sobre sus respectivas sociedades.

Por si fuera poco, en Inglaterra y EE.UU. retornaron al poder corrientes conservadoras radicales, que combaten las ideas predominantes en la economía y la política desde la Segunda Guerra Mundial. La era de Keynes, Roosevelt y el laborismo inglés, con sus políticas de intervención estatal, Welfare State, avenimiento con los sindicatos, etc., es sustituida con planteamientos que se pensaban enterrados con la crisis de 1929. Frente a la inercia latinoamericana y la influencia inglesa y norteamericana, aparece una moda nueva, en la cual los intelectuales «actualizados» pueden nutrirse a sus anchas.

El regreso de Adam Smith

No es una exageración afirmar que el mayor exponente teórico de los economistas de derecha es Adam Smith, del cual George Stigler, profesor de economía de la Universidad de Chicago, advierte: Si usted lee a Smith y está en desacuerdo, debe revisar en qué se equivocó usted. Sin embargo, el rescate de Adam Smith no se produce recién hoy. Durante los mismos años 30, cuando Keynes proponía el abandono de Smith y de la tradición «salvaje» manchesteriana, dos austríacas se dedica-

ron a combatir a Keynes con argumentos más radicales que los extraídos de Smith. Ludwig von Mises y Frederick Hayek se convirtieron, con sus clásicos *Teoría de la acción humana* y *Camino de servidumbre*, respectivamente, en voces solitarias que serían rescatadas casi treinta años después, cuando las políticas keynesianas tradicionales perdieron progresivamente su efectividad inicial. Las voces de los austríacos serían amplificadas durante los años 60 por un grupo de economistas que extendieron la idea del mercado como proceso a casi todos los campos de la actividad humana.

Paradigmas teóricos como el individualismo en las explicaciones sociales, o el *homo economicus* racional y maximizador de su utilidad personal sirven como fundamento para el desarrollo de una serie de corrientes de investigación sobre diversos problemas, tales como el crecimiento económico y su marco jurídico (Escuela de los derechos de propiedad); o las conductas económicas frente a la incertidumbre (Escuela de las expectativas racionales); o nuevas versiones acerca de la concepción del capital (Escuela del capital humano); sobre el fenómeno político y las decisiones públicas (Escuela de la elección pública); y también sobre problemas más tradicionales como moneda e inflación (Escuela monetarista). Nombres nuevos como Gordon Tullock, Gari Becker, Milton Friedman, George Stigler, entre muchos otros que incluso han obtenido premios Nobel de Economía, son representativos de esta nueva ola teórica.

En general, aunque no formen un solo cuerpo de pensamiento, su radical defensa del mercado y de sus leyes los han dado a conocer en los medios intelectuales como «Escuela de Chicago», debido a que la mayoría de sus representantes, no todos, se han relacionado con esa universidad. La influencia de la «Escuela de Chicago» en la crítica al keynesianismo comenzó a evidenciarse en algunos países latinoamericanos durante la década de los 70. El caso chileno es el más radical, así como el de algunos Estados de la unión norteamericana, y sirvió como uno de los pilares intelectuales de lo que se ha dado en llamar «la revolución conservadora de los 80», con Ronald Reagan y Margaret Thatcher como adalides.

En el contexto descrito, los grupos económicos privados latinoamericanos encuentran una oportunidad de aumentar su influencia económica, política e ideológica pregonando sus planteamientos tradicionales con nuevos argumentos y argumentadores.

El debate ocurre en todos los campos y sus intelectuales tienen la particularidad de combatir lo que ellos consideran una cultura que ha «impedido» el avance de la

iniciativa y del progreso. Esta cultura, algunos la llaman «hispanica» y otros más cautos la denominan «de izquierda» (en esta cultura se incluirían desde los marxistas hasta los keynesianos, pasando por los socialdemócratas y socialcristianos).

La «cultura de izquierda» se caracterizaría así por la preeminencia del Estado en la economía y sobre la sociedad civil. En general, la responsabilidad de la crisis latinoamericana recae, según estos intelectuales, en el Estado y en todos aquellos que favorecen la acción estatal sobre la iniciativa privada.

La lucha contra el «Estado fuerte» es un aspecto central del pensamiento económico liberal (¿o derechista?) y por esta razón intentaremos revisar la opinión de algunos representantes latinoamericanos sobre este planteamiento, discutiendo posteriormente algunos puntos básicos de sus proposiciones.

La superioridad ética del mercado

En general, puede afirmarse que los autores neoderechistas parten de ciertas premisas casi axiomáticas que orientan todo el discurso: la oposición de fines y conductas entre el Estado y los empresarios; la ineficiencia per se del Estado y la eficiencia del sector privado; la responsabilidad del Estado en el fracaso económico; la privatización como solución a la crisis; la libertad económica como fundamento de la libertad política; y la superioridad ética de la economía de mercado.

Un ejemplo de propuesta regional latinoamericana, es el informe Kuczynsky-Simons en titulado Una Estrategia de Crecimiento para América Latina. En este trabajo, los autores, representantes del sector privado peruano y brasileño, respectivamente, diagnostican la responsabilidad estatal de la crisis en los siguientes puntos:

- El «legado hispanico», o tradición intervencionista del Estado en Latinoamérica.
- Las funciones reguladora y productora de los Estados latinoamericanos, en desmedro de su función proveedora de servicios.
- La burocracia asfixiante de la iniciativa privada y el fracaso de las empresas estatales.
- Las crisis fiscales, producto de las regulaciones estatales.

Por su parte, el profesor Emeterio Gómez, economista venezolano, merece una mención particular. Universitario de profesión, ha modificado su pensamiento desde el marxismo hacia el liberalismo radical, en defensa de lo que él mismo llama la ideología de derecha. En su último trabajo titulado Estrategia económica y estruc-

tura sociopolítica en Venezuela, preparado para la «Comisión para la Reforma del Estado (COPRE)», afirma, entre muchos puntos de interés, los siguientes principios:

- El Estado es normalmente menos eficiente que el sector privado, pero aun en los casos excepcionales donde el Estado sea eficiente, su acción es nefasta desde el punto de vista ético, pues cercena el desarrollo de las libertades individuales.
- El crecimiento del Estado es el mayor peligro que se presenta en el futuro a la sociedad venezolana.
- La tendencia de algunos empresarios a utilizar el proteccionismo estatal forma parte de la llamada cultura de izquierda en lo político y del legado hispánico estatista.
- El sistema de precios es la esencia del tejido social.

El politólogo venezolano Aníbal Romero es un caso del intelectual «liberal realista» que propone, desde el punto de vista político, la visión de la corriente del pensamiento democrático, que si no asume el membrete de «derecha», por lo menos sí el de ser «anti-izquierda». En su obra más conocida, *La miseria del populismo*, Romero propone una visión alternativa de la democracia mediante una interesante actualización del pensamiento bolivariano, mezclado con citas de Hayeck y Popper. Algunas de sus afirmaciones:

- La economía de mercado es la solución, no sólo a los males económicos venezolanos, sino el fundamento para el «rescate» de los valores morales propios de un sistema democrático.
- Desde el punto de vista político, el populismo expresado en el estatismo, la demagogia y el clientelismo político es el causante de los desastres económicos venezolanos, así como el mayor peligro para la democracia.
- La solución democrática al populismo se encuentra en la renovación del liderazgo de los partidos políticos. Un nuevo liderazgo «realista», compuesto por estadistas que apliquen una «política de convicción» antes que una «política de consenso» más propia del populismo. Estos estadistas serían capaces de pedir sacrificios y obtenerlos en función de su capacidad de liderazgo.

El verdadero «legado hispánico»

Desde la perspectiva del proceso histórico venezolano (por lo menos) los argumentos de los autores citados merecen las siguientes observaciones:

El verdadero «legado hispánico» no es el de un Estado fuerte, que maximiza sus rentas a costa de toda la sociedad con su intervención. Por el contrario, junto a la tradición estatal, creció una particular «cultura empresarial latinoamericana» de usufructo de las ventajas comparativas que otorga el acceso minoritario al poder político. La acción estatal, con sus regulaciones y privilegios casuísticos, ha servido como un seguro para los «empresarios» latinoamericanos reduciendo sus riesgos, sus costos de oportunidad y la posible competencia de otros particulares, al no poder acceder éstos a la propiedad y producción económica. En general, los empresarios latinoamericanos no se parecen al ideal de Schumpeter, el de quienes innovan, arriesgan y crean riqueza, sino, a unos maximizadores de las rentas que les otorga su mayor acceso al poder político.

Si bien la coincidencia de intereses entre la burocracia y los empresarios no es total, lo cierto es que dista mucho de ser una oposición absoluta. Las diferencias de acceso al control de las decisiones burocráticas expresan esta misma situación. En los últimos 80 años de historia venezolana, por ejemplo, no ha faltado un alto empresario en los gabinetes ministeriales y cerca de los cargos de dirección económica. En cambio, todavía no se ha visto el primer ministro obrero. Kuczynski y Simonsen, tan críticos de la burocracia, han sido altos burócratas en sus propios países, ministro de Energía del Perú el primero, y ministro de Hacienda del Brasil el segundo.

En Venezuela, el Estado no se ha comportado sólo como un regulador, productor y proveedor de servicios: también ha sido desde 1928 un financiador de la actividad privada y un planificador desde 1936.

Estos aspectos los ignoran tanto los dos primeros autores como el profesor Gómez.

Gran cantidad de empresarios, muchos honestos y otros corruptos, así como de «burócratas empresarios» se han beneficiado del financiamiento estatal y en muchos casos han abusado de él. El Estado financiador es una forma de intervención solicitada por los mismos empresarios, al tiempo que se quejan de las otras formas de intervención. La planificación económica venezolana no ha sido precisamente burocrática en su composición, pues un simple listado de los directivos de organismos planificadores como la Corporación Venezolana de Fomento (eliminada luego de cuarenta años de actuación), prueba que generalmente éstos eran empresarios privados.

Las regulaciones burocráticas aumentan los costos de instalación y operación de las empresas privadas y son la fuente de crecimiento de una burocracia contraproductiva. El origen de ellas se puede encontrar en la búsqueda de legitimidad política por parte de los gobernantes, que necesitan el apoyo de las mayorías; en los intereses de la misma burocracia para aumentar su poder; y también en las demandas de los empresarios nacionales, que buscan la protección frente al competidor extranjero o al pequeño empresario nacional.

El efecto de las regulaciones ha sido el crecimiento de una enorme burocracia, que inhabilita a los nuevos competidores y mantiene mercados cautivos para los empresarios que crecieron con y por esas regulaciones. Eliminar las trabas implica atacar a la burocracia oficial, pero también a la burocracia sindical o a la burocracia empresarial; depende de cuál regulación se elimine.

El Estado empresario nace en Venezuela con la expropiación de los bienes del dictador Juan Vicente Gómez en 1936, quien se convirtió, dentro de la mejor tradición hispánica, en el mayor empresario de su época.

Pero la tendencia creciente del Estado empresario es el resultado de su acción en aquellas actividades necesarias para el crecimiento, donde no existía suficiente capital, experiencia o voluntad privada para emprenderlas.

Tiempo, costo, experiencia y riesgo fueron factores que desalentaron a los empresarios nacionales. El Estado asumió esas funciones, no para eliminar al sector privado, sino para estimular su desarrollo en otras actividades.

Los fracasos se deben a la corrupción, a la inexperiencia y a la tendencia a aprovechar la extrema protección que ofrece el poder, pero el Estado no podía esperar a que despertara la iniciativa privada o llegara a su «madurez», si de lo que se trataba era de acelerar el crecimiento económico. Además, el hecho de que la empresa estatal se ampare en el favoritismo del Estado para crecer sin competencia, no es exclusivo de la empresa estatal, también es una práctica común del «empresario» latinoamericano.

Se pueden citar muchos éxitos y fracasos de empresas públicas y privadas sin aportar evidencia que afirme que su propiedad fue la determinante del resultado.

Cuando una empresa privada fracasa pierden sólo los empresarios, cuando una empresa pública fracasa perdemos todos. Pero sucede que el segundo origen del

Estado productor en Venezuela es aquel donde el Estado absorbe empresas privadas fracasadas (casos del Banco Nacional de Descuento, Banco del Comercio, centrales azucareros, hoteles, líneas aéreas, etc.), asimilando sus pérdidas y eliminando el costo y el riesgo del empresario privado.

Decenas de empresas estatales provienen de esta «cultura de izquierda». Hoy, buena parte de la deuda pública externa es el resultado del fracaso y corrupción privada y no sólo de estos mismos factores en la empresa estatal.

Afirmar la eficiencia a priori del empresario latinoamericano sobre la corrupción a priori del burócrata latinoamericano significa ignorar nuestra historia.

Cuando el profesor Gómez reconoce la posible eficiencia del Estado en la economía, pierde buena parte de su argumentación ideológica y su propuesta se traslada al plano ético. En realidad, esta oposición pasa por un mecanicismo extremo en el tratamiento de las relaciones entre lo económico y lo político. Las libertades económicas no producen automáticamente libertades políticas: en la Venezuela de 1830 existieron plenas libertades económicas (hasta la libertad de esclavizar), mientras que las libertades civiles no fueron correspondientes en el plano político. El Chile actual puede ser otro ejemplo. Pero lo más interesante es que el Estado venezolano ha crecido y se ha fortalecido en los últimos cuarenta años más que en toda la historia republicana anterior y, sin embargo, las libertades políticas de los últimos treinta años han sido las mayores de nuestra historia. El profesor Gómez es más determinista económico que un marxista ortodoxo, pero no parece particularmente interesado en revisar la historia de su propio país para verificar sus afirmaciones. El hecho de que llegue a afirmar que el sistema de precios es la esencia del tejido social, es otra muestra de los efectos provocados por la deformación profesional e ideológica.

Democracia y mercado

Por si no bastaran los puntos anteriores para rechazar la idea de un particular empresario abstracto, egoísta y maximizador, pero al mismo tiempo ético y guardián de ciertos valores morales, el doctor Aníbal Romero nos propone la economía de un mercado para «rescatar» estos valores propios de la democracia, como si estos existieran en algún tiempo y lugar distinto a la Venezuela actual. Pero resulta verdaderamente incomprensible legitimar el interés individual para los empresarios y rechazarlo para los políticos, si se parte del paradigma del homo economicus.

En el fondo, se concentra la responsabilidad del fracaso en los políticos y en el Estado, o el «populismo», y se siguen depositando las esperanzas en un sector empresarial ideal, que no existe, debido a que el empresario venezolano real comparte la dirección, los beneficios y las responsabilidades del Estado en simbiosis con los partidos políticos.

De igual modo, resulta extraño verificar cómo para él, en la economía de mercado es vital mantener las perspectivas de enriquecimiento de los empresarios, pero, al mismo tiempo, esto sólo se podría lograr con un liderazgo político que sacrifique sus privilegios y «convenza» a la mayoría de la población para que acepte pesares y restricciones en nombre de las libertades económicas. El realismo político del doctor Romero, opuesto al populismo, resulta tan irracional como la idea de estimular a los empresarios sacrificándolos.

Quizás uno de los aspectos más característicos de los dos autores venezolanos citados es que se proponen el debate con los partidos políticos hegemónicos en Venezuela y sus respectivas ideologías, pero sin pretender crear una opción política partidista distinta. Penetrar y convencer a las élites políticas es uno de los objetivos de estos intelectuales, voceros así del pensamiento de algunos grupos empresariales venezolanos.

Una de las ventajas de estos liberales de derecha es que en realidad no se enfrentan al poder, sino que intentan racionalmente disfrutar sus privilegios, y en esta actitud consiste su «realismo», el cual más que entender la realidad, termina empeorándola.

Referencias

- *Gómez, Emeterio, ESTRATEGIA ECONOMICA Y ESTRUCTURA SICIOPOLITICA EN VENEZUELA. p54 - Caracas, Venezuela, COPRE. 1987; Cincuenta años de pensamiento económico en la América Latina.
- *Kuczynsky, P.; Simonsen, A., UNA ESTRATEGIA DE DESARROLLO PARA AMERICA LATINA. p224 - Washington, U.S.A., Sociedad de las Américas. 1987;
- *Lepage, Henri, MAÑANA, EL CAPITALISMO. p393 - Madrid, España, Alianza Editorial. 1981;
- *Pazos, Felipe, TRIMESTRE ECONOMICO. 200. p1915-1948 - 1983;
- *Romero, Aníbal, LA MISERIA DEL POPULISMO. p349 - Caracas, Venezuela, Ediciones Centauro. 1986

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 98 Noviembre- Diciembre 1988, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.